

HARLAN COBEN

Un paso en falso

UNA HISTORIA DE MYRON BOLITAR



Myron Bolitar, jugador profesional de baloncesto al que una lesión mantiene alejado de las canchas, es agente deportivo y, ocasionalmente, detective privado y guardaespaldas. Hace dos semanas recibió un encargo muy especial: proteger a una fulgurante estrella del baloncesto, la bella Brenda Slaughter, cuya vida parece correr peligro. De un tiempo a esta parte recibe amenazas telefónicas anónimas, y su padre —lo mismo que su madre veinte años atrás— ha desaparecido misteriosamente, dejando vacías las cuentas bancarias. Pronto Bolitar se verá inmerso en un conflicto de intereses que salpica a las principales familias de Nueva Jersey, incluido un candidato a gobernador. Para resolver el caso, Bolitar tiene que remover el pasado y andarse con mucho cuidado: un paso en falso puede ser mortal.

Harlan Coben combina en esta quinta entrega de la serie de Myron Bolitar una sólida intriga, con algún toque de humor, un ritmo trepidante y un protagonista muy peculiar. Todo al servicio del mejor suspense.

*En memoria de mis padres, Corky y Carl Coben
Y para sus nietos Charlotte, Aleksander, Benjamin
y Gabrielle*

PRÓLOGO

15 DE SEPTIEMBRE

El cementerio daba al patio de una escuela.

Myron removió la tierra suelta con la puntera de su zapato Rocksport. Aún no había lápida, sólo un indicador de metal con una sencilla tarjeta con un nombre escrito en letras mayúsculas. Sacudió la cabeza. ¿Por qué se encontraba en ese lugar como un cliché de una serie mala de televisión? En su mente veía cómo se representaba toda la escena. La lluvia torrencial lo está empapando, pero él está demasiado angustiado para darse cuenta. Con la cabeza gacha, las lágrimas inundan sus ojos, confundándose con la lluvia en su recorrido por las mejillas. Suena una música conmovedora. La cámara se aparta de su rostro y retrocede poco a poco, muy lentamente, para mostrar sus hombros hundidos, la lluvia cae con más fuerza, más tumbas, no hay nadie más presente. Retirándose aún más, la cámara acabará por mostrar a Win, el fiel compañero de Myron, en la distancia, con una comprensión silenciosa, concediéndole a su compañero un tiempo para desahogar sus sentimientos. La imagen se congela de pronto y el nombre del productor ejecutivo aparece en la pantalla en letras mayúsculas amarillas. Un leve titubeo antes de que a los espectadores se les pida que no cambien de canal y vean las escenas del episodio de la próxima semana. Paso a los anuncios.

Pero nada de esto ocurrirá hoy. El sol brilla como si fuese el primer día de la creación y el cielo parece recién pintado. Win está en su despacho. Y Myron no llora.

Entonces ¿por qué está aquí?

Porque muy pronto llegará un asesino. Está seguro.

Myron buscó algún significado en el paisaje, pero sólo dio con más clichés. Habían pasado dos semanas desde el funeral. Los hierbajos y las margaritas ya habían comenzado a aparecer entre la tierra y se elevaban hacia el cielo. Esperó a que su voz interior comenzase con el típico rollo de que las hierbas y las margaritas representaban los ciclos y la renovación y la vida que continuaba, pero la voz permaneció piadosamente callada. Buscó la ironía en la radiante inocencia del patio escolar —las desvaídas marcas de tiza en el asfalto negro, los triciclos multicolores, los columpios con cadenas un tanto oxidadas— bañada por las sombras de las lápidas que observaban a los niños como silenciosas centinelas, pacientes, casi llamándolos. Pero la ironía no se aguantaría. En los patios de las escuelas no hay inocencia. Allí también hay matones y sociópatas a la espera, psicosis en vías de expansión y mentes jóvenes llenas de un odio prenatal sin diluir.

«Vale —pensó Myron—, ya está bien de charla abstracta por hoy».

Pero en lo más profundo de su ser, reconoció que este diálogo era sólo una pura distracción, un juego de manos filosófico para impedir que su frágil mente se partiese como una rama seca. Deseaba tanto hundirse, dejar que sus piernas cediesen, caer al suelo y escarbar la tierra con las manos desnudas, suplicar perdón y pedirle a un poder superior que le diese una nueva oportunidad.

Pero eso tampoco ocurriría.

Myron oyó las pisadas que se acercaban por detrás. Cerró los ojos. Era tal como esperaba. Las pisadas se acercaron. Cuando se detuvieron, Myron no se volvió.

—Usted la mató —dijo Myron.

—Sí.

Un bloque de hielo se derritió en el estómago de Myron.

—¿Se siente mejor ahora?

El tono del asesino acarició la nuca de Myron con una mano fría y calculadora.

—La pregunta es, Myron, ¿y usted?

1

30 DE SEPTIEMBRE

Myron se encogió de hombros.

—No soy una niñera —dijo, arrastrando las palabras—. Soy un agente deportivo.

Norm Zuckerman pareció dolido.

—¿Se supone que eres Bela Lugosi?

—El Hombre Elefante —respondió Myron.

—Maldita sea, eso ha sido feo. ¿Quién ha dicho nada de una niñera? ¿Acaso he pronunciado la palabra niñera, canguro o cualquier otra variante? ¿He mencionado el verbo cuidar o algo parecido?

Myron levantó una mano.

—Vale, ya lo he pillado, Norm.

Estaban sentados bajo una de las canastas del Madison Square Garden, en una de aquellas sillas de director de lona y madera que tienen escrito el nombre de las estrellas en el respaldo. Las sillas estaban colocadas tan arriba que la red del aro casi tocaba el pelo de Myron. En mitad de la pista estaban celebrando una sesión fotográfica de modelos. Había montones de luces con paraguas, mujeres aniñadas, altas y huesudas, trípodes y personas que iban y venían por todos lados. Myron esperó a que alguien lo confundiese con un modelo. Pero siguió esperando.

—Una joven puede estar en peligro —declaró Norm—. Necesito tu ayuda.

Norm Zuckerman se acercaba a los setenta. Era director ejecutivo de Zoom, una gigantesca megacorporación fabricante de prendas deportivas, es decir, tenía más dinero que Trump. Sin embargo, parecía un *beatnik* que se había quedado colgado de un mal viaje de ácido. El estilo retro, le había explicado Norm antes, estaba en alza y él se había subido a ese tren vistiendo un poncho psicodélico, pantalones de fajina, un collar de cuentas y un pendiente con el símbolo de la paz. Mola, tío. La barba negra canosa era lo bastante espesa y desordenada como para criar huevos de cucarachas, y el pelo rizado parecía una mala versión de *Godspell*.

El Che Guevara vive y lleva permanente.

—No me necesitas a mí —afirmó Myron—. Necesitas un guardaespaldas.

Norm descartó las palabras con un gesto.

—Demasiado obvio.

—¿Qué?

—Ella nunca aceptará. Vale, Myron, ¿qué sabes de Brenda Slaughter?

—No mucho —admitió él.

Norm pareció sorprendido.

—¿Qué quieres decir con no mucho?

—¿Cuál es la palabra que no entiendes, Norm?

—Por todos los santos, tú eras jugador de baloncesto.

—¿Y?

—Pues que Brenda Slaughter es posiblemente la mejor jugadora de baloncesto femenino de todos los tiempos. Una pionera en su deporte, además de la belleza emblema, y perdona por la insensibilidad política, de mi nueva liga.

—Todo eso ya lo sé.

—Pues entérate bien de esto también: estoy preocupado por ella. Si algo le ocurriese a Brenda, toda la WPBA, y

mi considerable inversión, podría irse inmediatamente por el retrete.

—Vaya, ahora te mueven razones humanitarias.

—De acuerdo, soy un codicioso cerdo capitalista. Pero tú, amigo mío, eres un agente deportivo. No existe mente más codiciosa, traidora, rastrera y capitalista.

Myron asintió.

—A mí me la suda —dijo—. No es más que trabajo.

—No me has dejado acabar. Sí, eres agente deportivo. Pero uno muy bueno. En realidad, el mejor. Tú y aquella tía española hacéis un trabajo excelente por vuestros clientes. Obtenéis lo mejor. Más de lo que se merecen. Cuando acabaste conmigo, me sentí violado. No te miento, así eres de bueno. Entraste en mi despacho, me arrancaste la ropa e hiciste conmigo lo que quisiste.

Myron torció el gesto.

—Por favor.

—Pero conozco tu pasado secreto con los federales.

Vaya secreto. Myron aún tenía la ilusión de cruzarse con alguien por encima del Ecuador que no lo supiese.

—Escúchame un segundo, Myron, ¿vale? Brenda es una chica preciosa, una fantástica jugadora de baloncesto, y un grano en mi nalga izquierda. No la culpo. Si yo hubiese crecido con un padre como el suyo, yo también sería como un grano en el culo.

—¿Así que el problema es su padre?

Norm hizo un gesto ambiguo.

—Es probable.

—Pues pide una orden de alejamiento —dijo Myron.

—Ya la he conseguido.

—¿Entonces cuál es el problema? Contrata a un detective privado. Si se acerca a menos de cien metros de ella, telefona a la policía.

—No es tan sencillo.

Norm miró hacia la pista. Los participantes en la sesión de fotos se movían como partículas en una olla cuando el

agua llega al punto de ebullición. Myron bebió un sorbo de café. Un café para exquisitos. Hasta hacía un año nunca lo había probado. Un día entró en uno de esos cafés que estaban apareciendo en la ciudad como las películas malas en la televisión por cable. Ahora Myron no podía enfrentarse a una mañana sin una taza de café del bueno.

Hay una línea muy delgada entre la pausa para el café y una casa de crack.

—No sabemos dónde está —añadió Norm.

—¿Perdón?

—Su padre —respondió Norm—. Ha desaparecido. Brenda no deja de mirar por encima del hombro aterrorizada.

—¿Crees que el padre es un peligro para ella?

—Este tipo es el Gran Santini con esteroides. Él también jugaba al baloncesto. En la Conferencia Pacific-10, creo. Su nombre es...

—Horace Slaughter —le interrumpió Myron.

—¿Lo conoces?

Myron asintió lentamente.

—Sí, lo conozco.

Norm observó su rostro.

—Eres demasiado joven para haber jugado con él.

Myron no dio ninguna explicación. Norm no captó la indirecta. Casi nunca lo hacía.

—¿Cómo es que conoces a Horace Slaughter?

—No te preocupes —dijo Myron—. Dime por qué crees que Brenda Slaughter está en peligro.

—Ha recibido amenazas.

—¿Qué clase de amenazas?

—De muerte.

—¿No podrías ser un poco más específico?

El frenesí de la sesión fotográfica continuaba en marcha. Ataviadas con lo último de la marca Zoom, las modelos pasaban por un ciclo de poses, mohínes, posturas y labios fruncidos. Venga a bailar. Alguien llamó a Ted, dónde de-

monios está Ted, esa prima donna, por qué Ted todavía no está vestido, Ted acabará por matarme, lo juro.

—Recibe llamadas telefónicas —prosiguió Norm—. Un coche la siguió. Ese tipo de cosas.

—¿Qué quieres que haga?

—Vigilarla.

Myron meneó la cabeza.

—Aunque dijese que sí, cosa que no he hecho, dijiste que no está dispuesta a tolerar la presencia de guardaespaldas.

Norm sonrió y palmeó la rodilla de Myron.

—Esta es la parte en que yo te pesco. Como un pez en el anzuelo.

—Una analogía original.

—En este momento, Brenda Slaughter no tiene agente.

Myron no dijo nada.

—¿Se te ha comido la lengua el gato, guapo?

—Creía que había firmado un contrato exclusivo con Zoom.

—Estaba a punto de hacerlo cuando desapareció su viejo. Era su representante. Pero ella se lo quitó de encima. Ahora está sola. Confía en mi juicio, hasta cierto punto. Permíteme que te diga que esta chica no es ninguna tonta. Así que este es mi plan: Brenda llegará aquí dentro de un par de minutos. Te recomendaré a ella. Ella dice hola. Tú dices hola. Luego le das con tu famoso encanto Bolitar.

Myron arqueó una ceja.

—¿Con toda la fuerza?

—Cielos, no. No quiero ver a la pobre chica desnudarse.

—Presté juramento sobre que sólo utilizaría mis poderes para hacer el bien.

—Eso está muy bien, créeme.

Myron siguió sin estar convencido.

—Incluso si aceptase seguir con esta locura, ¿qué pasa con las noches? ¿Esperas que la vigile las veinticuatro horas

del día?

—Por supuesto que no. Win te ayudará con esa parte.

—Win tiene cosas mejores que hacer.

—Dile a ese niño bonito que se trata de mí —dijo Norm—. No podrá negarse, me ama.

Un fotógrafo agitadísimo se acercó a la carrera hasta su altura. Llevaba perilla y el pelo rubio erizado como Sandy Duncan en un día libre. Ducharse no parecía ser aquí una prioridad. Suspiró varias veces, para asegurarse de que todos en la vecindad supiesen que era importante y le estaban dejando de lado.

—¿Dónde está Brenda? —gimoteó.

—Aquí mismo.

Myron se giró hacia una voz como la miel tibia en los creps de los domingos. Con su paso largo y decidido —no el paso tímido de la chica demasiado alta o el desagradable pavoneo de las modelos—, Brenda Slaughter entró en la pista como un frente cálido de los que muestra el Meteosat. Era muy alta, más de un metro ochenta, con la piel del color del Mocha Java con una generosa cantidad de leche desnatada que Myron tomaba en el Starbucks. Vestía unos vaqueros descoloridos que se ajustaban deliciosamente pero sin ninguna obscenidad, y un suéter de esquiador que te hacía pensar en mimitos en el interior de una cabaña de troncos cubierta por la nieve.

Myron apenas consiguió reprimir un «tía buena» en voz alta.

Brenda Slaughter no era una belleza excepcional, sino más bien eléctrica. El aire a su alrededor crepitaba. Era demasiado alta y tenía los hombros demasiado anchos para ser modelo. Myron conocía a algunas modelos profesionales. Siempre estaban intentando ligar con él —las ganas— y eran ridículamente flacas, construidas como cordeles con globos de helio en la parte superior. Brenda no era ningún esqueleto. Notabas la fortaleza en ella, la sustancia, el poder, una fuerza si quieres, y sin embargo todo era femeni-

ino, sea lo que fuere lo que eso signifique, y de un atractivo irresistible.

Norm se inclinó para susurrar:

—¿Ves por qué es nuestra chica del calendario?

Myron asintió.

Norm se bajó de la silla de un salto.

—Brenda, cariño, ven aquí. Quiero presentarte a alguien.

Los grandes ojos castaños encontraron a los de Myron, y hubo un titubeo. Esbozó una sonrisa y se le acercó. Myron se levantó, el eterno caballero. Brenda caminó en línea recta hacia él y le tendió la mano. Él se la estrechó. Su apretón era fuerte. Ahora que ambos estaban de pie, Myron vio que él le sacaba tres o cuatro centímetros. Eso la situaba en el metro ochenta y cinco, quizá metro ochenta y ocho.

—Bueno, bueno —dijo Brenda—. Myron Bolitar.

Norm hizo un gesto como si los estuviese empujando para que se acercasen.

—¿Vosotros dos os conocéis?

—Oh, estoy segura de que el señor Bolitar no se acuerda de mí —contestó Brenda—. Fue hace mucho tiempo.

A Myron sólo le llevó unos pocos segundos. Su cerebro comprendió de inmediato que de haber conocido a Brenda Slaughter antes, sin duda lo recordaría. El hecho de que no lo recordase significaba que su anterior encuentro había sido en circunstancias muy diferentes.

—Solías esperar junto a la pista —dijo Myron—. Con tu padre. Debías de tener unos cinco o seis años.

—Y tú acababas de entrar en el instituto —añadió ella—. El único chico blanco que nunca faltaba. Conseguiste que el equipo de Livingston High fuera campeón del estado, jugaste en la All-American Basketball Alliance al entrar en Duke, te escogieron para los Celtics en primera ronda...

Su voz se detuvo. Myron ya estaba habituado.

—Me halaga que lo recuerdes —dijo.

Ya la estaba hechizando con su encanto.

—Crecí viéndote jugar —continuó ella—. Mi padre siguió tu carrera como si fueses su propio hijo. Cuando te lesionaste...

Ella se interrumpió de nuevo, y apretó los labios.

Él sonrió para demostrar que comprendía y apreciaba el sentimiento.

Norm se apresuró a romper el silencio.

—Pues Myron es ahora agente deportivo. Uno muy bueno. En mi opinión, el mejor. Justo, honesto, fiel como nadie... —Norm se interrumpió de golpe—. ¿Acabo de utilizar esas palabras para describir a un agente deportivo?

Meneó la cabeza.

El Sandy Duncan con perilla apareció de nuevo. Habló con un acento francés que sonaba tan real como el de Pepe la Mofeta.

—*Monsieur Zuckermahn.*

—*Oui* —respondió Norm.

—Necesito su ayuda, *s'il vous plaît.*

—*Oui* —dijo Norm.

Myron estuvo tentado de pedir un intérprete.

—Vosotros dos sentaos —dijo Norm—. Tengo que ocuparme de un asunto. —Palmeó las sillas vacías para dejar bien clara su intención—. Myron va a ayudarme a montar la liga. Algo así como un consultor. Así que habla con él, Brenda. De tu carrera, tu futuro, de lo que sea. Será un buen agente para ti. —Le dedicó un guiño a Myron. Sutil.

Cuando Norm se marchó, Brenda se sentó en la silla contigua.

—¿Así que todo eso es verdad? —preguntó.

—Una parte —dijo Myron.

—¿Qué parte?

—Que me gustaría ser tu agente. Pero en realidad no es por eso por lo que estoy aquí.

—¿Ah, no?

—Norm está preocupado por ti. Quiere que te vigile.

—¿Que me vigiles?

Myron asintió.

—Cree que estás en peligro.

Ella apretó las mandíbulas.

—Le dije que no quiero vigilancia.

—Lo sé —admitió Myron—. Se supone que debo hacerlo en secreto.

—¿Entonces por qué me lo dices?

—No soy muy bueno guardando secretos.

Ella asintió.

—¿Y?

—Si voy a ser tu agente, creo que no es muy útil para nuestra relación comenzar con una mentira.

Ella se echó hacia atrás y cruzó sus piernas, más largas que la cola en la Dirección General de Tráfico a la hora de la comida.

—¿Qué más te pidió Norm que hicieses?

—Que ponga en marcha mi encanto.

Ella parpadeó.

—No te preocupes —añadió Myron—. Presté un solemne juramento de que sólo lo utilizaré para el bien.

—Suerte que tengo.

Brenda acercó un largo dedo al rostro y se dio varios golpecitos en la barbilla.

—Bueno —dijo por fin—. Así que Norm cree que necesito una niñera.

Myron levantó las manos e hizo su mejor imitación de Norm.

—¿Quién ha dicho nada de una niñera? —Era mejor que su Hombre Elefante, pero nadie corrió a llamar a Rich Little.

Ella sonrió.

—De acuerdo —asintió con un gesto—. Acepto el trato.

—Estoy agradablemente sorprendido.

—Pues no deberías sorprenderte. Si no lo hago, Norm podría contratar a algún otro que quizá no fuese tan since-